

en el seno de esa corriente ideológica liberal; b) la contribución positiva de los nacionalismos ibéricos a la construcción democrática del Estado español; c) la ambivalencia social del carlismo, cuyos rasgos populares y políticos no se pueden despachar bajo el tópico unilateral de un movimiento dinástico y absolutista, y d) la acti-

tud ante nuestro pasado islámico y semítico, así como ante ese Marruecos del que se ha olvidado oficialmente que fue *Protectorado de España* (y así lo rememora, críticamente y con ese título, un excelente libro reciente del geógrafo José Luis Villanova).

Zaragoza, 23 de agosto de 2005

SANTOS JULIÁ: *HISTORIAS DE LAS DOS ESPAÑAS*

Ismael Saz

Aunque se nos solicita un comentario que ha de ser crítico, es imposible iniciarlo sin constatar previamente que nos hallamos ante una gran obra. En sí misma y porque nos proporciona el único mapa de conjunto de que disponemos acerca del modo en que, a través de dos siglos, se han ido articulando los «grandes relatos», las «historias» de España, o de las Españas. Mapa de conjunto que, además, tiene el mérito de haber sabido indagar acerca de la relación existente entre los relatos y sus autores, entre las «historias» y los intelectuales. Un reto sumamente ambicioso y difícil del que, cualesquiera sean las observaciones que se puedan formular, hay que considerar, en mi opinión, satisfactoriamente resuelto. Más aún, por la ambición del reto y lo ejemplar del tratamiento, considero que ésta debería erigirse en una obra de referencia imprescindible, no ya sólo para la historia de los relatos de España y de sus intelectuales, sino también para la historia contemporánea de España sin más. Precisamente por ello, estamos ante uno de esos raros trabajos que incitan a la reflexión y el debate, que suscitan en el lector la voluntad, el deseo, de entrar en el diálogo, de trascender los esquemas habituales de las reseñas más o

menos convencionales. En este último sentido, puesto que no se trata de abordar todos los aspectos de la obra, mis comentarios se ceñirán a algunos aspectos específicos, relacionados en lo fundamental con el siglo XX.

El primero de ellos, se refiere a un momento, desde mi punto de vista central en el proceso de construcción y reconstrucción de los relatos de las Españas, que es, y no por casualidad, como bien señala el autor, el del nacimiento de los intelectuales con tal nombre. Me refiero, claro es, a la crisis finisecular, que en el libro viene analizada en algunas de sus dimensiones, como la relativa a regeneracionistas y noventayochistas, por una parte, y al catalanismo por otra. Dado que coincido en lo fundamental con los análisis del autor, mis observaciones en este punto han de ir necesariamente en una dirección hasta cierto punto tangencial.

La principal de ellas es la que se refiere al tratamiento que merece el relato de la decadencia, degeneración y muerte de la patria, tal y como lo desarrollaron los intelectuales del anterior cambio de siglo. Desde un acuerdo en lo sustancial con dicho tratamiento y apreciando también la sensibilidad del autor a la hora de recordarnos lo

que había de más general, y no solamente español, en ese relato de la decadencia, considerado que esta dimensión «extraespañola» habría merecido una atención mayor. Sobre todo, porque esos relatos de la decadencia y regeneración de la patria fueron a constituir el núcleo de unas corrientes de pensamiento y, a mayor o menor plazo, políticas de la Europa del siglo XX, las de los nacionalistas. Un concepto que apenas se desliza y siempre sin mayor reflexión en el texto. Sin embargo, las historias de la decadencia de la patria apuntalaron en Francia el surgimiento del «nacionalismo de los nacionalistas», en sus diferentes versiones. En la versión de Charles Maurras y Acción Francesa, por ejemplo, que contenía mucho de los elementos que configurarían los relatos «españoles». Tales, por ejemplo, la idea de la «Anti-Francia», la de la identidad sustancial entre Francia y el catolicismo o el rechazo absoluto del liberalismo y la democracia. Pero también en la versión igualmente antiliberal, de Maurice Barrès, aunque más populista y menos reaccionaria, así como encaminada a la búsqueda de la «energía nacional» en los sustratos más profundos de un pueblo abstracto y eterno.

No se trata, desde luego, de buscar «filiações» o influencias determinantes en una sola dirección —de Francia a España, por ejemplo— pero sí de apuntar que esta perspectiva comparativa podría arrojar mucha luz y enriquecer notablemente el análisis de los relatos de las Españas. Ello, al menos, en dos aspectos importantes. Por una parte, al constatar que nos encontramos en el marco de corrientes más amplias del pensamiento español y europeo, las nacionalistas, nos situaríamos en una mejor perspectiva para captar lo que el relato tenía de específico en el caso español. Dicho de otro modo, podría constatar que nos hallamos ante relatos nacionalistas, directa o potencialmente antiliberales y antidemocráticos, que no eran en modo alguno los únicos exis-

tentes. Existían otros relatos de la nación y su crisis que podían compartir muchos elementos con los considerados por el autor, pero que diferían de éstos en un aspecto tan crucial como el de mantenerse en el terreno de la acción política, de la democracia, del socialismo. Ciertamente que el autor los trata o que, por ejemplo, el análisis posterior de Azaña es difícilmente superable. Pero en ocasiones parecería traslucir la idea de que se trataría de fenómenos aislados dentro de un universo nacionalista, cuando lo cierto es que nos hallamos ante unas corrientes probablemente mucho más vigorosas y profundas de lo que con frecuencia pensamos. Lo suficiente, por ejemplo, para protagonizar, mejor o peor, el proceso de lucha por la democracia. Creo en este sentido, que nos hallamos ante un problema general de nuestra historiografía —del que no se excluye por cierto el autor de estas líneas— consistente en una cierta «nacionalización» de nuestras preocupaciones. La cual nos estaría conduciendo a marginar procesos mucho más amplios y en modo alguno reconducibles a los del nacionalismo, los nacionalistas, o sus predecesores culturales.

Si por este lado aflora el problema de la parte y el todo. También en lo relativo a la primera, puede manifestarse el problema. Ahora, desde la perspectiva de las continuidades. El autor pone buen cuidado en este terreno en eludir teleologismos propios de ciertas historias de las ideas o del pensamiento. Y en ese sentido no se puede sino coincidir con él. Pero continuidades las había. Hubo continuidades, como hubo cambios, evoluciones, en la trayectoria de los diversos escritores, como hubo influencias de unos a otros, también en diversos momentos. Por supuesto, todo esfuerzo por captarlas no será, como en cualquier otro terreno histórico, sino una construcción del estudioso, pero una construcción, al fin y al cabo necesaria. Mucho más si, como es el caso, es posible captar en el largo periodo

un juego de influencias e interinfluencias según el cual unos intelectuales se remiten a otros que los precedieron para proceder, ellos también, a la construcción y reconstrucción sucesiva del pensamiento de éstos, o de algunos de sus momentos.

Esto vale, en mi opinión, para los grandes relatos de la historia de España que aparecen y reaparecen en el texto, de un modo que podría semejar, aunque en el fondo no lo sea, compartimentado. Lo que sería aplicable tanto a la evolución de Ortega y Gasset y su influencia sobre sucesivas generaciones de intelectuales, como a la de Unamuno o, por situarnos en la corriente antitética, a la de Menéndez y Pelayo o Maeztu. Así, Ortega aparece en toda su plenitud inicial, aunque con pocos claroscuros, para difuminarse relativamente después, en los años veinte, y casi desaparecer en los treinta. Más adelante reaparecerá, ya como referente, negativo o positivo, para los protagonistas de los conflictos entre intelectuales fascistas y católicos «totalistas» y, sucesivamente, entre «comprensivos» y «excluyentes». Pero no habría estado de más recordar la extraordinaria influencia del filósofo madrileño a lo largo de todo el proceso de formación de los fascistas españoles, de su evolución, de sus crisis y, mucho más adelante, de su distanciamiento final del régimen. Circunstancia tanto más importante en la medida en que puede afectar a algunas de las tesis más polémicas del libro, con la que, por cierto, me identifico totalmente. Me refiero a la célebre cuestión del «falangismo liberal» que se cimenta básicamente en la obsesión por ver «liberalismo» o tradición liberal cada vez que en algún momento de los años cuarenta o cincuenta aparece el nombre de Ortega o el de otros intelectuales plenamente instalados en la modernidad, en la tradición secular, y alejados, por ello, de la asfixia nacionalcatólica. Pero muchos de los falangistas protagonistas de sucesivos episodios venían en bue-

na parte de ahí, de esa cultura, a un tiempo moderna, secular y nacionalista. Que ellos estiraron ciertamente hasta el totalitarismo fascista —que es justamente lo que hizo el fascismo en todas partes— pero sin que se borrasen nunca por completo estos «orígenes». Por eso pudieron aparecer como «liberales» cuando eran puramente totalitarios, o pudieron mostrarse después como «comprensivos», cuando no hacían sino reproducir el esquema fascista de integrar al vencido después de destruirlo. Naturalmente, esos contenidos seculares pudieron explicar también las vías de salida posterior del fascismo, y del régimen, en un modo que el autor analiza perfectamente, tanto para mostrar éstas, como para señalar con claridad su cronología y todo lo que en ello hubo de crisis y no de evolución lineal.

Algo similar a lo apuntado cabe decir respecto de los grandes relatos de signo nacionalcatólico. De Menéndez y Pelayo a Maeztu y Acción Española y de aquí a los «excluyentes» y los tecnócratas. También aquí las líneas de continuidad subyacen más que se analizan. También aquí, en mi opinión y por ese mismo motivo, algunos de los análisis del autor parecen estancarse en sucesivos compartimentos. En este caso concreto cabría apuntar a dos componentes esenciales del nacionalcatolicismo que se prolongan a través de prácticamente un siglo. En primer lugar, el de la esencialidad católica de España, que comportaba la idea «excluyente» de principio a fin —y por ende de Menéndez y Pelayo a Calvo Serer— de la «Anti-España» y, con ella, el rechazo de todo el pensamiento secular, incluido aquél que sirvió de referente para el fascismo. En segundo lugar, el relativo a la plena aceptación de la modernidad económica capitalista —también aquí de Menéndez y Pelayo y Maeztu a Calvo Serer, Pérez Embid y López Rodó.

Es, precisamente, en relación a este último —y a los tecnócratas— donde se halla mi única discrepancia de fondo con las te-

sis del autor. Creo, en efecto, que una mayor profundización en los componentes ideológicos del nacionalismo reaccionario español habría permitido captar no sólo esa propensión a la modernización económica sino otro aspecto esencial profundamente relacionado con ello: el modelo de Estado. Que en el caso de las gentes de Acción Española y sus sucesores era un modelo que comportado el principio de la superioridad de la Administración sobre la política, del Estado sobre el Partido. Ésa fue una de las raíces fundamentales de los enfrentamientos entre los falangistas y sus aliados en 1937, como en 1941 y como en 1957, y éste fue el triunfo final de los tecnócratas del Opus Dei. Por eso disiento de la idea de la secularización de ese gran relato que el autor centra en la figura de López Rodó: no hacía falta citar a la religión para hablar de racionalización administrativa. Bastaba con que la Anti-España siguiese sin levantar la cabeza, la Iglesia mantuviese su cuasi monopolio y, por si fuera poco, reafirmar todo esto en otros textos, en la Ley de Principios Fundamentales del Movimiento, por ejemplo.

Me gustaría precisar en este punto que mi discrepancia no comporta ningún tipo de juicio de valor como los que en ocasiones se han proyectado sobre la obra. Se trata simplemente de una opinión alternativa, que ni siquiera pretende ser la «verdadera», aunque sí contribuir al debate. Muy lejana en cualquier caso de quienes han reprochado al autor una cierta «equidistancia» entre los «excluyentes» y los «comprensivos». No creo que la haya, ni siquiera para los primeros años cincuenta y mucho menos, desde

luego, para los sesenta. Pero apuntaré que, en mi opinión, si debería haberla habido, al menos, en todo lo que antecede a 1956. Porque, al fin y al cabo, estamos hablando de dos fuerzas de un régimen virulentamente antiliberal y antidemocrático, o, si se prefiere, de los constructores de los «grandes relatos» que lo legitimaban y en el marco de los cuales se libraban las pugnas internas. Y no se entiende muy bien por qué, desde el lenguaje de la democracia y de la historiografía, habría que identificarse más con unos o con otros. Tal vez en este punto nos hallemos encerrados todos, sin ser demasiado conscientes de ello, en cauces más profundos y cortantes de lo que percibimos, aunque hayan quedado aparentemente secos. Ya no hay fascistas, posfascistas o nacionalcatólicos. Muchos de los elementos fuertes de esos relatos se han desvanecido. Pero posiblemente no todos. O eso podría parecer, al menos, si consideramos que algunos de los posicionamientos actuales parecen desenvolverse dentro de las líneas de fractura que se fraguaron entonces. Tal vez, en fin, nuestra ruptura cultural con el pasado sea todavía insuficiente. Pero ésta es, desde luego, una opinión personal. Como lo es también, la profunda convicción de que, fuera ésta o no la intención del autor, nos hallamos, creo, ante otra de las aportaciones fundamentales de su libro. Esto es, la de haber puesto sobre la mesa los términos de un debate absolutamente necesario. Esperemos que las prácticas y críticas de escaso vuelo no frustren la gran oportunidad que al respecto nos brinda esta obra, tan excelente como necesaria.